

Hilka Nordhausen

Ya no pasan los coches, ningún paso sobre mí, desde las casas música, está de noche y llueve. Las ventanas están muy abiertas. Escucho el murmullo regular y el susurro de la gotera porosa. Acabo de sonar con mis erizos, los quería tocar y me desperté. Siento que hay alguien en la pieza. Hago como si durmiera y escucho el respirar. Mi brazo se adormeció y pica. Con la otra mano busco mi pistola bajo la almohada: „Las manos, quietas!“

Se enciende la luz, son amigos míos; están ávidos de los erizos. „Que disparates estás haciendo! Tengo un jardín grande con árboles frutales y un cobertizo de madera, donde los erizos pueden pasar el invierno...“. „Conozco tu jardín, tienes allí un horno de panadero, sino tendrías una gran cantidad de erizos!“

Siempre con la pistola en la mano preparo un té. — Eso me ha faltado! Primero quieren comprar los erizos y ahora tienen una ganzúa. — Mis amigos están enojados porque comenzaron su proyecto de una manera tan torpe. Envidiosos miran fijamente a los animales, el montón de paja se mueve. Pero ellos comienzan una conversación tranquilizante sobre la lluvia y, una vez terminado el té, se van. Que rápido estuvieron aquí! — Lavo la loza, de la estación de mercancías vienen instrucciones por los altoparlantes. Después la calma y el murmullo se restablecen. — Sobre el tiempo se pueden cantar muchas canciones. A los amigos propios hay que dominarlos con la pistola. Olfatean todo.

En la mañana voy al banco. Una luz pálida amarilla está tendida sobre el agua. Enfrente chillan las grúas, en los astilleros martillean y asierran. Turistas se arriman a la baranda, y alimentan con monedas los anteojos de larga vista.

Poco a poco vienen mis vecinos: un señor anciano con terno gris y sombrero, un señor anciano con anteojos, traje gris y sombrero, una mujer con un vestido gris y sombrero. A veces ella trae pan añejo para las gaviotas. Desde el metro vienen grupos de alumnos y grupos de trabajadores de turno por sacudidas. Del quiosko viene un olor de salchicha asada y de papas fritas. Estamos sentados, olfateamos y miramos, escuchamos todo eso. De vez en cuando hay una charla corta sobre los barcos petroleros. Cuando han llegado, cuánto tiempo se demoró esta vez el desembarque, en cuántas semanas o cuántos meses el barco volverá. Hay unos casos interesantes. Miramos el agua. El día tiene un comienzo y un fin. Si un diario ha sido dejado en el banco, lo hojeo. En un momento cualquiera alguien nuevo se sienta con nosotros. Permanece callado como nosotros. Está aquí y se calla. Me siento incómodo. Días más tarde pasa. Pasa otra vez. Días después se siente otra vez a mi lado. Los dos hombres y la mujer de las gaviotas se ponen nerviosos. El extraño debe desaparecer. Casi siempre trae una botella de cerveza y un día me trae una a mí. Después ya no viene. Nos calmamos. Miramos el agua. Solamente yo sé lo que pasó. La mujer de las gaviotas cotorrea a veces. Yo sé que volverá. Yo sé que tiene un jardín y es peligroso.

Kein Auto fährt mehr vorbei, über mir keine Schritte, aus den Häusern keine Musik, es ist Nacht und es regnet. Meine Fenster sind weit geöffnet. Ich höre auf das regelmäßige Rauschen und das Gepolter der undichten Regenrinne. Eben habe ich von meinen Igel geträumt, wollte sie anfassen, und wachte auf. Ich spüre, es ist jemand im Raum. Ich stelle mich schlafend und höre den Atem. Mein Arm ist eingeschlafen und kribbelt. Mit der anderen Hand greife ich unter das Kopfkissen nach meiner Pistole: „Finger weg!“

Das Licht geht an, es sind Freunde von mir. Sie sind scharf auf die Igel.

„Du machst Unsinn! Ich habe einen großen Garten mit vielen Obstbäumen und einem Holzschuppen, in denen die Igel überwintern können!“

„Deinen Garten kenne ich, du hast ein Backhaus in deinem Garten, denn sonst hättest du jede Menge Igel!“

Immer noch mit der Pistole in der Hand bereite ich einen Tee. — Darauf habe ich gerade noch gewartet. Erst wollen sie die Igel kaufen, und nun haben sie einen Nachschlüssel. — Meine Freunde sind sauer, daß sie ihr Vorhaben so blöd angefangen haben. Neidisch starren sie auf die Tiere, der Strohhafen bewegt sich. Aber sie beginnen ein einlenkendes Gespräch über den Regen, und nach dem Tee gehen sie.

Wie schnell sie nur zur Stelle waren! — Ich räume das Geschirr weg, vom Güterbahnhof kommen Anweisungen über Lautsprecher. Dann sind Ruhe und Rauschen wieder hergestellt. — Über das Wetter gibt es viele Lieder zu singen. Selbst Freunde muß man mit der Pistole in Schach halten. Sie riechen alles.

Am Vormittag gehe ich zu meiner Bank. Blaßgelbes Licht liegt auf dem Wasser. Gegenüber kreischen die Lastkräne, auf den Docks wird gehämmert und gesagt, Touristen lehnen am Geländer und füttern die Ferngläser mit Groschen. Nach und nach kommen meine Nachbarn. Ein älterer Herr mit grauem Anzug und Hut, ein älterer Herr mit Brille, grauem Anzug und Hut, eine Frau in einem grauen Kostüm und Hut. Sie bringt manchmal altes Brot für die Möven mit. Aus der U-Bahn kommen stoßweise Schulklassen und Schichtarbeiter. Vom Kiosk weht manchmal der Geruch von Bratwurst und Pommes herüber. Wir sitzen da, riechen und gucken, hören dem allen zu. Ab und an gibt es ein karges Gespräch über die Tanker. Wann sie eingelaufen sind, wie lange das Löschen diesmal gedauert hat, in wievielen Wochen oder Monaten das Schiff wiederkommt. Es gibt da ein paar interessante Fälle. Wir gucken auf das Wasser. Der Tag hat einen Anfang und ein Ende. Wenn eine Zeitung auf der Bank liegen bleibt, blättere ich sie durch.

Irgendwann setzt sich ein Neuer zu uns. Schweigt wie wir. Ist da und schweigt. Mir ist ungemütlich. Tage später geht er vorbei. Geht nochmal vorbei. Setzt sich Tage später wieder neben mich. Die beiden Männer und die Möwenfrau werden unruhig. Der Fremde soll verschwinden. Er hat meistens eine Bierflasche dabei und bringt mir eines Tages eine mit. Dann bleibt er weg. Wir beruhigen uns. Wir gucken auf das Wasser. Nur ich weiß, was los ist. Die Möwenfrau brabbelt manchmal vor sich hin. Ich weiß, er wird wiederkommen. Ich weiß, daß er einen Garten hat und gefährlich ist.

Hilka Nordhausen